

SECCIÓN SEXTA

---

Romances castellanos tradicionales entre los judíos de Levante.

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

---

Peregrino cuanto importante hallazgo para completar el romancero peninsular es el de los cantos que tradicionalmente se conservan entre los numerosos hebreos de origen español que hablan y escriben nuestra lengua en Turquía, en Marruecos, en Argelia, en Túnez, en la Bulgaria Rumelia, etc. No se ha hecho cabal estadística de este contingente nada despreciable de nuestro dominio filológico, pero sabemos que en Salónica asciende el número de estos judíos españoles á sesenta mil (es decir, á la mitad de la población), divididos en treinta sinagogas, tantas como mezquitas; que en Constantinopla hay cincuenta mil, y quince mil en Andrinópolis. Estos hispano-judíos tienen una literatura bastante copiosa, profana y sagrada; tienen, no sólo libros de devoción é historias, sino cuentos y novelas; conservan romances viejos, en formas á veces más arcaicas que las que han podido recogerse de la tradición oral de la Península; y han publicado hasta la hora presente más de treinta periódicos en lengua castellana, pero con caracteres hebreos, á excepción de uno sólo, *El Luzero de la Paciencia*, que apareció en Rumania desde 1885 á 1889 en caracteres latinos.

El castellano actual de las sinagogas de Levante es sumamente impuro y lleno de solecismos, como no podía menos de suceder dados los heterogéneos é irreductibles ele-

mentos con quien ha estado en contacto (turco, árabe, persa, griego moderno, lenguas eslavas, etc.), amén de los italianismos y galicismos que andan revueltos en la lengua franca del Mediterráneo: á todo lo cual hay que añadir la completa incomunicación literaria en que esta población ha vivido y vive respecto de España. Las diferencias, sin embargo, entre el castellano de Oriente y el de España, en lo que toca á la pronunciación, acaso no sean tan profundas como pudiera creerse en vista de la transcripción fonética que usan. Como difieren tanto los dos alfabetos, ha sido necesario añadir al hebreo, para transcribir el nuestro, cinco caracteres nuevos; y por el contrario, cinco letras hebreas han quedado sin uso, por no tener correspondencia en los sonidos castellanos.

La tradición popular conservada por los judíos tiene excepcional valor, puesto que, exceptuando muy pocos romances modernos tomados del Antiguo Testamento ó de ritos y ceremonias de su ley, que fácilmente se distinguen de los demás, los restantes, es decir, los novelescos y profanos, puede creerse, si se atiende sólo al núcleo poético, que se remontan á la grande emigración de 1492, siendo prueba de antigüedad para cualquier tema su existencia actual entre los judíos. Pero esto ha de entenderse con ciertas salvedades. Los romances actuales están corrompidísimos, abundan en voces exóticas, en contradicciones é incongruencias, y suelen ser centones, á veces sin sentido común, de fragmentos muy diversos. Es evidente que el pueblo que los canta ha perdido la clave de estos romances, aunque los repita por el prestigio de la música, y los venere como reliquia de sus mayores. Aparece, pues, la poesía judaico-hispana en un estado informe, degradado y bárbaro, pero que por lo mismo nos guarda grandes sorpresas.

Ha de tenerse en cuenta, además, que durante los siglos XVI y XVII fué continua, aunque parezca de poco momento, la emigración de judíos peninsulares (principalmente portugueses) que huyendo de los rigores de la Inquisición buscaron asilo en Holanda, Alemania, Francia é Inglaterra, y algunos también en las comunidades de Levante. Estos nuevos desterrados, entre los cuales no faltaban cultivadores de la poesía artística, pudieron renovar también el fondo de la poesía tradicional, importando nuevos romances ó componiéndolos ellos mismos. Pero tal influjo debió de alcanzar en muy pequeña escala á las sinagogas de Turquía, muy remotas y aisladas, perdidas entre bárbaros, y pobladas á la sazón de gente pobre, inculta y abatida, que en nada semejaba á los opulentos y refinados mercaderes hebreos de Venecia y Amsterdam.

Por otra parte, la simple lectura de estos romances basta para probar que son de los más viejos, aunque sean también de los más alterados. He reunido en esta colección todos los que me parecen de carácter primitivo, y doy también algún otro más moderno, como muestra de la poesía, ya religiosa, ya profana, que actualmente cultivan los hebreos oriundos de España.

Hay entre estos romances algunos inéditos, y no son por cierto los menos curiosos. Me los envió desde Constantinopla en 1885 mi difunto amigo el malogrado é ingeniosísimo escritor D. Carlos Coello y Pacheco, que los había recibido de Salónica. Pertenecen á este grupo los diez primeros romances de nuestra colección: *Tarquinos y Lucreza*, *Gian Lorenzo y el rey de Portugal*, *El Conde Alimán con la hija de la reina*, *El Conde Amadé*, *El hijo del rey en Ferismena*, *Andarleto*, *La esposa de Don Gaiferos*, *El Conde Velo y el Gran Duque*, *Parisi y las tres hermanas*, *Miraibella*.

Por lo que mis noticias alcanzan, creo poder asegurar que fué Carlos Coello el primer colector de romances judíos, y en general sus textos me parecen mejores que los que luego ha publicado Mr. Danon, aunque la colección de éste sea mucho más copiosa.

Para hacer fácil la lectura de estos diez romances hemos modificado la ortografía especial de la copia que los contiene. Ésta usa casi siempre *ch* en lugar de nuestra *qu*, que rara vez aparece; escribe siempre *cia*, *cio*, *ci*, *ce*, por nuestro *cha*, *cho*, *chi*, *che*; emplea *ni* por nuestra *ñ* y *li* por nuestra *ll* (alguna vez por *y*: *lio*, *lia*, *tulio*); escribe *scia*, *scio* y rara vez *sho* donde hemos puesto *xa*, *xi*; en las terminaciones verbales arcaicas *-ades -edes* pone *-ash -esh*, que hemos transcrito por *-ais -eis*. La *h*, que no escribe más que en *hombre*, y la *b*, *v*, y las escribimos según la ortografía académica.

En el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (tomo XVI.—Junio de 1890) publicó nuestro docto compañero y amigo D. Antonio Sánchez Moguel, el romance *Yo me estando en la mi pesca*, acompañado de un interesante comentario filológico. Da la noticia de que Mr. Ha-Lévy, sabio israelita, profesor de la *École des Hautes Études de Paris*, que le facilitó copia de dicho romance y de otro de carácter lírico, había reunido en un volumen algunos cantos populares de sus hermanos israelitas.

No parece que esta colección se haya publicado hasta ahora, pero otra muy importante ha visto la luz pública en la *Revue des études juives*, de Paris (1896). Consta de 45 romances (así los llama el colector, aunque no todos lo son en rigor estricto), acompañados de traducción francesa, introducción y notas, debido todo á la erudición y diligencia de Mr. Abraham Danon, residente en Andrinópolis.

La mayor parte de estos romances proceden de la tradición oral recogida así en aquella ciudad como en Salónica, en Constantinopla, en Bulgaria y en otras partes, donde todavía se cantan estos romances conservados como reliquias de generación en generación. Otros fragmentos se han transmitido por el camino más inesperado, es decir, por el de la literatura litúrgica. Mr. Danon hace constar que estos romances de origen profano han ejercido notable influjo en los poetas hebreos de decadencia, hasta el punto de excitar los recelos de los rabinos más ortodoxos. Así Menahem Lonsano reprueba las poesías religiosas que comienzan con palabras imitadas del castellano; por ejemplo, un canto compuesto sobre el aire de estos versos

«Muérome, mi alma—ay, muérome»,

«cuyo autor ignoraba que este procedimiento es abominable, porque despierta en el que canta estos versos recuerdos lujuriosos».

A pesar de este anatema, el célebre poeta neo-hebraico Israel Nagara, que florecía á principios del siglo xvii, no tuvo escrúpulo en adaptar á sus himnos religiosos los aires de canciones griegas, turcas, árabes y españolas, y hasta de imitar sus palabras mediante el procedimiento de la aliteración. Como al frente de estas composiciones suele indicarse la melodía de ellas, conocemos así los principios de varios romances cuyo texto no se conserva.

«Para completar la lista de los restos del Romancero español (dice Mr. Danon) me he servido igualmente de las colecciones de letanías rimadas que existen entre nosotros bajo el título de *Juncos*, inéditos todavía, y que sirven de tiempo inmemorial para que los asistentes de nuestros ministros oficiantes se ejerciten todos los sábados por la ma-

ñaana, en la sinagoga portuguesa, la más importante de Andrinópolis, en cantar versos, á título de ejercicio musical, conforme á las modulaciones árabes llamadas *makamat* (sesiones). Para este uso se emplean principalmente los poemas de Nagara, con adición de otros cantos posteriores».

De uno de estos manuscritos, copiado ya en 1641, y el más antiguo de los que hasta ahora se conocen, ha entresacado el Sr. Danon muchos principios de romances, y con ocasión de ellos exclama:

«Cuando se ve á nuestros poetas hebreos de la última época volver á estas fuentes vivas de la antigua melodía, no puede sorprendernos el irresistible atractivo que el falso Mesías Sabbatai Cevi ejercía sobre sus fieles, cantando con alusiones místicas el romance de Melisenda, la hija del Emperador».

Advierte, finalmente, el discreto colector, que muchos de estos poemas se hallan truncados; que á veces hay solución de continuidad en las partes que restan; que otras veces las estrofas están confundidas y revueltas de un modo inextricable, y que con frecuencia las ancianas que son las que principalmente conservan y repiten estos cantos, por olvido de alguna palabra ó de algún verso sustituyen otro de su propia composición. Hay también reminiscencias y transposiciones de frases de un romance á otro.

«Aparte de estas modificaciones, nuestros romances han recibido del medio ambiente muchas palabras turcas, árabes, persas, griegas y hebreas. Contienen también muchos idiotismos propios de nuestra jergonza (el *ladino Iudesmo* ó *lengua sefardi*), que á pesar de su forma castellana, no se encuentran en los diccionarios, ó se encuentran con una acepción diferente. Este cambio de formas y palabras anticuadas por otras equivalentes estaba en la na-

turalidad de las cosas. Conforme se alejaban del tiempo del éxodo español, nuestros abuelos, no pudiendo apreciar ya todos los matices, todas las delicadezas de la lengua castellana, encontraron natural emplear otras palabras que ellos comprendían. Además, han introducido en algunos romances ideas religiosas, que parecen en ellos enteramente inoportunas. Por otro lado, es fácil encontrar en estos romances expresiones y giros arcaicos, y que han persistido igualmente en las versiones clásicas de la Biblia que todavía se usan en nuestras escuelas».

En la transcripción de estos romances, el Sr. Danon ha adoptado los caracteres latinos, respetando en todo lo posible la pronunciación local, sin olvidar la clásica. A su texto va ajustado el mío, salvo alguna ligerísima corrección.

## ROMANCES CASTELLANOS

TRADICIONALES ENTRE LOS JUDÍOS DE LEVANTE

---

1.

### Tarquinos y Lucreza.

Aquel rey de los romanos,—que Tarquinos se llamaba,  
se enamoró de Lucreza,—la noblesa de romana,  
que para durmir con ella—grande ambisión trababa:  
se hiso hombre de camino,—por su puerta le pasara;  
Lucreza que lo vido—como rey le dió posada,  
le metió gaína (1) en sena,—cama de oro que se echara.  
Al fin de la media noche—Tarquinos se despertara,  
se fuera para la cama—ande está la noblesa echada,  
le metió puñal en pecho—por ver si despertara.  
Despertose desfavorida—con favor (2) desganada.  
—Tus amores, Lucreza,—me hasen penar al alma;  
si tú á mi me otorgas,—serás reina de Granada;  
si tú á mi no me otorgas,—te mataré con esta espada,  
te mataré á tí, Lucreza,—y al viejo de tu casa.  
—Más vale morir con honra,—que non vevir desfamada.—  
Desvainó la su espada,—en su vientre la afincara (3).

(1) Gallina.

(2) Es frecuente en estos romances el cambio de *p* por *f*: *desfavorida* por *despavorida*, *favor* por *pavor*.

(3) Romance de asunto histórico romano, único hasta ahora en la tradición popular, pero que ha dejado vestigios en el nombre de *Tarquino* dado al forzador en algunos de los romances de *Blanca-flor* y *Filomena*, (núms. 17 y 18) y en el de *Altamare* (núm. 28).

## 2.

**Gian Lorenzo y el rey de Portugal.**

¡Gian Lorenzo, Gian Lorenzo,—quen te hiso tanto mal!  
 —Por tener mujer hermosa—el rey me quiere matar.  
 Yo estando en la mi puerta—con la mi mujer real,  
 taniendo la mi vigüela,—mis hijos al son bailar,  
 alsí mis ojos en lexos,—quanto más los pude alsar,  
 en los campos de Arzuma—grande gente vide baxar;  
 el corason me lo diera—que era el rey de Portugal,  
 que viene por los mis hijos—y la mi mujer real.  
 Echí mi manto en mis hombros—y lo fuera á encontrar:  
 —Esteis en buen ora, buen rey.—Gian Lorenzo, en mal ven-  
 [gades.  
 —Me oigáis, el Dío del sielo,—que es padre de piedad.—  
 Yo le hablaba con buenas,—él me respondía mal.  
 —Si vos plase, oh buen rey,—de me venir á vijitar?  
 —¿Y para toda esta gente—qué les daréis á ermorsar?  
 —Para toda esta gente—vacas y carneros hay;  
 para mí y vos, buen rey,—pichonicos con agrás, [siar.—  
 en mientras que ordenan mesas—vamos á la güerta á espa-  
 En la güerta de Gian Lorenzo—hay cresido un buen rosál,  
 arrancó de ahí una rosa—y una rosa del rosál,  
 á la mujer de Gian Lorenzo—á ella la fuera dar:  
 —Tomárais esta rosa,—esta rosa de el rosál,  
 y de aquí en quince días—seréis reina de Portugal.  
 —No matéis á Gian Lorenzo,—ni lo quijerais matar;  
 desterraldo de sus tierras,—que de ellas non coma pan,  
 que es padre de los mis hijos,—marido de mi mosedad.—  
 Yoraba Gian Lorenzo—lágrimas de voluntad.  
 —Non yoréis, Gian Lorenzo,—ni quijerais yorar;  
 en forma de carbonero—me verneis á vijitar,  
 mataré yo al buen rey—y vos asento en su lugar (1).

(1) Curiosísimo romance histórico, de asunto portugués. Se refiere, sin

## 3.

**El hijo del rey en Ferismena.**

Muerto va el hijo del rey,—muerto va por Ferismena.  
 Un día estando en la mesa—sintió apregonar guerras;  
 ya tomó mula y caballo,—se iba para la guerra,  
 á la tornada que torna—se echó por ande la esfuegra (1),  
 la esfuegra desque lo supo,—á resibirlo saliera.—  
 —Qué hasiais, la mía esfuegra?—El mi yerno, bien vinierais;  
 que asin la mi hija,—la mi hija Miraibella,  
 priñada está de ocho meses,—solo está en tierras ajenas.  
 —Muncho me arrogó y me dixo—si podía venir ella;  
 si ella non podía,—que me diera á Ferismena.  
 —De dar vo la do, el mi yerno,—como hija mía y vuestra;  
 con esta espada lo corten,—si traisión le hisiera.—  
 Ya la viste, ya la endona,—adelante se la lleva;  
 por en medio del camino—amores l' acometiera.  
 —Vos uerco (2) sois, mi cuñado,—oh que uerco paresierais.—  
 Se echó del caballo abaxo,—le cortó la media elvuenga (3),  
 quanto mas corre el caballo—mas muncho corría ella;  
 tanto fué su corritina—que cayó en tierras ajenas.  
 Por allí pasó un pajico,—conosido suyo era,

duda, á los amores del rey D. Fernando I de Portugal con Doña Leonor Téllez, mujer de Juan Lorenzo de Acuña, llamado *el de los cuernos de oro*, porque los ostentaba en la corte de Castilla, después que se refugió en ella, habiéndole robado el Rey su esposa. Versa sobre este argumento la comedia de Rojas, Coello y Vélez de Guevara, *También la afrenta es veneno*, y también se enlaza con tal asunto la novelita de A. Herculano *Arrhas por foro de Hespanha*.

Hay evidente parentesco entre este romance y los de Doña Isabel de Liar (núms. 103 y 104 de la *Primavera*).

(1) *Esfuegra*, suegra.

(2) *Uerco* (de *Orco*, tirtaro ó infierno, en el sentido de hombre perverso, demonio encarnado?).

(3) *Eluenga*, lengua.

que de señas le hablaba,—que de señas le hisiera,  
que le diera papel y tinta,—una carta le escribiera  
para mandar al rey su padre—que la quitara de aquellas tie-  
[rras (1).

## 4.

**Andarleto.**

El rey, que mucho madruga,—por ande la reina se ha an-  
topó á la reina en cabello,—en cabello destrensado; [dado,  
el rey por burlar con ella—tres dadicas (2) le ha dado.  
—Estate, estate, Andarleto,—el mi lindo namorado,  
dos hijos tuyos tengo,—y dos del rey, que son cuatro;  
dos tuyos comen en mesa—y los del rey apartado,  
los tuyos suben en mula—y los del rey en caballo.—  
Voltóse á mano derecha,—topó el rey á su lado.  
—Perdón, perdón, el buen rey,—que esfueño me ha soñado.  
—Ya vos perdono, la reina,—con un iardan colorado (3).

## 5.

(Variante de A. Danon.)

El rey que mucho madruga,—donde la reina se iba.  
La reina estaba en cabellos,—en cabellos destrenzados.  
Tomó espejo en la mano,—mirándose su buen lindado,  
dando loores al de en alto—que tan linda la ha creado.

(1) Es el romance de *Blanca Flor y Filomena* (21-22 de los asturianos, 17 y 18 de los andaluces), aunque muy abreviado y estropeado.

(2) Golpecitos.

(3) *Iardan* ó *yerdan* es palabra persa que quiere decir collar (A. Danon). El sentido es «te ahorcaré mañana con un cordón colorado».

El rey, por burlar con ella,—con verga de oro le daba.  
—¿Qué me dais, qué me dais,—mi primer enamorado?  
Dos hijos vuestros tengo—y dos del rey que son cuatro.  
Los vuestros van á carroza,—los del rey van á caballo.  
Los vuestros van á la huerta—los del rey van á la guerra.  
Los vuestros comen pescado,—los del rey sorben el caldo.  
Estas palabras diciendo,—ella que lo atinaría:  
—Perdón, perdón, mi señor rey,—sueño me ha soñado.  
—Amanecerá la mañana—os lo soltaré un buen soldado,  
.....—con un yerdan colorado (1).

## 6.

**El Conde Alimán con la hija de la reina.**

En el vergel de la reina—cresía un buen rosál,  
en la ramica mas alta—un rusción (2) sentí cantar.  
La reina estaba labrando,—la hija durmiendo está.  
—Alevanteis, la mi hija,—de vuestro dulce folgar,  
sentiredes como canta—la serenica de la mar.  
—Non es la serena, mi madre,—si non es el Conde Alimán,  
que el Conde es niño é muchacho,—con mi quijo burlar.  
—Si esto es verdad, mi hija,—yo lo mandaré á matar.  
—Non lo mateis, la mi madre,—ni mandeis á matar;  
que el Conde es niño é muchacho,—el mundo quere gosar;  
si lo matas, la mi madre,—á mí y á él embarabar (3).—  
La reina, que de el mal tenga,—presto los mandó á matar.

(1) Estas dos versiones (en la segunda de las cuales se ha perdido el nombre de Andarleto), corresponden al romance de asunto merovingio *Landarico* (núm. 36 de nuestro Apéndice á la *Primavera* de Wolf).

(2) Ruiséñor.

(3) *Embarabar* acaso quiera decir enterrar juntos; en francés hay *bière*, ataud, y en italiano *bara*, andas.



## 7.

(Versión de A. Danon.)

Un hijo tiene el buen conde,—un hijo tiene y no más.  
 Se lo dió al señor rey—por deprender y por embezar.  
 El rey lo quería mucho—y la reina más y más.  
 El rey le dió un caballo,—la reina le dió un calzar.  
 El rey le dió un vestido,—la reina le dió media ciudad.  
 Los consejeros se zelaron—y lo metieron en mal:  
 que lo vieron con la reina,—en hablar y platicar.  
 —Que lo vaigan que lo maten,—que lo lleven á matar.  
 —Ni me maten, ni me toquen,—ni me dejo yo matar,  
 sino iré donde mi madre—dos palabras, tres hablar.  
 (—Buenos días la mi madre.—Vengais en buena, mi rejal (1).  
 Aséntate á mi lado,—cántame una cantica  
 de las que cantaba tu padre—en la noche de la Pascua) (2).  
 Tomó tacsim (3) en su boca—y empezó á cantar.  
 Por allí pasó el señor rey—y se quedó oyendo.  
 Preguntó el rey á los suyos:—Si ángel es de los cielos  
 ó sirena de la mar?—Saltaron la buena gente:  
 —Ni ángel es de los cielos—ni sirena de la mar,  
 sino aquel mancebico—que lo mandasteis á matar.

(1) La palabra turca *rejal*, derivada del árabe, designa á los grandes dignatarios del Estado; pero los judíos la usan en el sentido de *hidalgo* ó *caballero*.

(2) Variante.

Ó que hijo, ó que hijo!—En noche de Pascua  
 me venisteis visitar.—Ó que madre, ó que madre!  
 Al hijo tiene en la lanza,—le demanda la cuestión.

Otro.

Porque con mi madre,—os cantaré un cantar.

(3) Mr. Danon interpreta esta palabra en el sentido de *melodía*, y la deriva de una voz árabe que significa división, repartición; pero más bien parece designar algún instrumento músico.

—Ni lo maten, ni lo toquen,—ni lo dejo yo matar.  
 Tomólo de la mano,—y junto se fué al serrallo (1).

## 8.

**El Conde Amadí.**

Aquel Conde y aquel Conde,—que en la mar sea su fin,  
 armó naves y galeras—echolas en el sangü;  
 el sangü como era strecho,—non las podía regir.  
 —Atrás, atrás, los franseses,—non le deis virguensa al Sir;  
 si el gran Conde lo sabe,—á Fransia non vos dexa ir,  
 non vos da para comer—ni con las damas dormir.—  
 En la tornada que tornan—mataron cincuenta mil,  
 aparte de chiquiticos—que non hay cuenta ni fin.  
 Grandes bodas hay en Fransia,—en la sala de París,  
 que casa el hijo del rey—con la hija de Amadí.  
 Bailan damas y doncellas,—caballeros mas de mil,  
 el que regía la taifa—era una dama gentil;  
 mirando la está el buen Conde,—aquel Conde de Amadí.  
 —Qué mirais aquí, buen Conde,—Conde, qué miras aquí?  
 Ó mirabais á la taifa—ó me mirabais á mí?

(1) Estos dos romances son de diverso asunto, pero tienen comunes los versos en que se habla del canto de la sirena. En el segundo romance, estos versos, como ha notado el Conde de Puymaigre (a), corresponden casi exactamente á los de un romance portugués (*Cantos populares do Archipelago Açoriano*, págs. 249 y 252):

O rei que ia passeando—cavallo mandou parar:  
 —Qué vozes do ceo são estas—que eu aqui ouço cantar?  
 Ou são os anjos no ceo,—ou as sereias no mar?  
 —Não são os anjos no ceo,—nem as sereias do mar.  
 É dom Pedro Pequeno—que meu pae manda matar.

(a) En una interesante carta á Mr. Moisés Schwab en la *Revue des Études Juives*, Octubre-Diciembre de 1896.

—Yo non miro á la taifa,—ni menos te miro á tí;  
 miro á este cuerpo que es—tan galano y tan gentil  
 —Hora era, el caballero,—de me ir yo con tí,  
 que el mi marido está en guerra,—tarda inda de venir;  
 una esfuegra vieja tengo,—mala está para morir,  
 los hijicos chiquiticos—no se lo saben desir.—  
 Embrujóla (1) en un mansil d' oro,—de afuera le quedó el  
 á la salida de la puerta—encontró con Amadí: [chapín;  
 —Qué llevais aquí, buen Conde,—Conde, que llevais aquí?  
 —Llevo un pajo de los míos,—que malo está para murir.  
 —Este pajico, el Conde,—me esfuele á servir á mí,  
 el día para la mesa,—la noche para dormir;  
 non la conose en el garbe,—ni menos en el vestir,  
 la conose en el chapín de oro,—que ainda ayer se lo merquí.—  
 Esto que sentió el buen Conde,—dexó todo é se echó á  
 [fuir (2).

## 9.

**La esposa de Don Gaifero.**

Cativa estaba, cativa,—la esposa de don Gaifero,  
 pensando está que le escriba—uno de sus mesajeros.  
 Aparóse una ventana,—vido venir un caballero,  
 todo cubierto de arma,—en atarse de hombre guerrero.  
 —¡Caballero, así logrades—y así tengades ventura en armas!  
 si para Francia ibas—y á Gaiferos conoscades,  
 disilde que á la su esposa—se la queren desposar,  
 con un tambunico el moro,—que mora al gal (3) de la mar,  
 muchas son las sus haciendas—y la su soberbia grande;

(1) Envolvióla.

(2) Aunque muy estragado este romance, conserva una lección más completa del núm. 157 de la *Primavera*: «Bodas hacían en Francia».(3) Gal (de *caí, quai, cayos*, en bajo latín *caium*?)

más quería ya ser muerta—y non con moro bateare.  
 —Si vos plase, la Miliselda,—de arriba vos echáreis,  
 yo vos arresibiré en mis brazos—como amiga caronale.—  
 Ansi se echó la Miliselda—como quen se echa en la mare,  
 ansi la resibió Gaifero—como amiga caronale.  
 De la giúma (1) sale el moro,—de la giúma al medio día,  
 con trescientos caballeros—que lleva su compañía;  
 non los llevaba por miedo,—ni por temor que tenía,  
 sinon porque digan la gente:—¡oh, qué gran caballería!  
 La toca que el moro lleva—es una rica romanía,  
 en la punta de la toca—lleva una piedra safira;  
 el caballo que el moro lleva—sien doblas y más valía,  
 lo que arrastra por esfuelo—sien pobes ricos hasía (2).

## 10.

**El conde Velo y el Gran Duque.**

Alabóse el conde Velo,—en sus cortes s' alabó,  
 que non hay ni mósa ni casada—que s' enconora d' amor.  
 Allí se topó el Gran Duque,—el hijo del emperador:  
 —Si tú venses á la enfanta,—sien siodades te do;  
 si non la venserás,—vos quitaba el corazón.  
 —Malaño á tus siodades,—volo quito yo á vos.—  
 Ya se parte el conde Velo,—ya se parte, ya s' andó,  
 camino de quinse días—en siete los allegó;  
 por enmedio del camino—una de sus esclavas topó,  
 á poder de muchos dineros—señas de su vergel le dió:  
 —Tres salas tiene Parisi,—una y otra más mejor,  
 la una durme Parisi,—la otra el emperador,  
 la otra durme la enfanta,—durme con el gran Señor.—

(1) ¡Aljama, mezquita?

(2) Pertenece al ciclo de los romances carolingios de Gaiferos (cf. número 173 de la *Primavera*).

Arrodeó por el castillo entero,—por ande entrar no topó;  
 echó sus ojos en alto—una de sus esclavas topó,  
 á poder de muchos dineros—señas de su cuerpo le dió:  
 —Debaxo del pecho estiedro (1)—tiene un lunar d' amor,  
 en la su cabesera tiene—que le canta un rusción (2).

## 11.

**Parisi y las tres hermanas.**

Durmiendo está Parisi—de esfueño que le venía,  
 el maso de las sus flechas—por cabesera él tenía,  
 el caballo tenía atado—al pie de una graviina,  
 las armas tiene colgadas—en una mata enflorida;  
 tres damas lo están velando—todas tres en una porfidia;  
 una le peina el cabello,—otra la sudor l' alimpia,  
 la más chiquitica de ellas—el esfueño le traía.  
 —¿Fin á aquí los mis pecados—á seguir me vienen?  
 ¿ó son ángeles del sielo,—ó la mi madre es?  
 —Ni son ángeles del sielo,—ni la vuestra madre es, [nieron.  
 sinon son las tres hermanas—que en vuestra busqueda vi-  
 De allí saltara la grande—con gran favor que tenía:  
 —Tómame á mí, Parisi,—de dádivas que os daría;  
 vos daré una bolsa de oro,—que otra en el mundo non había:  
 siempre que metriais la mano—vasia non la tornaríais.—  
 De allí saltó la segunda—de grasia que ella tenía:  
 —Tómame á mí, Parisi,—de dádivas que vos daría;  
 vos daré espada de oro—que otra en el mundo non había,  
 que siempre que salíis en guerra—la guerra la venseríais.—  
 De allí saltó la chiquitica—de grasia que ella tenía:

(1) *Estiedro*, izquierdo.(2) Está emparentado con el romance 12 de nuestro Apéndice á la *Pri-  
mavera*: «Alabóse el Conde Velez».

—Tómame á mí, Parisi,—de dádivas que vos daría; [había,  
 vos daré una mansana de oro—que otra en el mundo non  
 con amores fué sembrada,—con amores fué cogida,  
 con amores será dada—de vuestra mano á la mía.  
 —Esta es la que yo amaba,—esta es la que yo quería (1).

## 12.

**Miraibella.**

Estaba la Miraibella—asentada en su portal,  
 con dolores de parir—que se quería matar.  
 —¡Quen estuviera pariendo—en el vergel de mi padre,  
 tenerla por visina—á la condesa mi madre!  
 cuandó me asentó á parir—que demande piadades.  
 De allí la oyó la esfuegra—de altas torres ande estaba:  
 —Andavos, la mi nuera,—á parir ande vuestra madre:  
 si vuestro marido viene,—yo le daré de senare,  
 le daré sebadá á la mula,—carne cruda al gavilane,  
 le daré vuestos al perro—que non vos vaya detrased.—  
 Ya se parte Miraibella,—ya se parte, ya se andare,  
 en cada paso que daba—una dolor le trababa,  
 entrando por la puerta—un hijo á partorare.  
 Estas palabras diçiendo,—el buen rey que arribare:  
 —¡A todos veo en medio,—á la mía esposa non veol  
 —La vuestra esposa, mi hijo,—se fué á parir ande la madre;  
 á mí me llamó puta,—á tí hijo de mal padre.  
 —Con esta espada lo corten—si non la iré á matare.—  
 Por el medio del camino—habergis le arribare: [dre.  
 —Buen siman (2) vos sea el hijo,—se cree con padre y ma-

(1) Este curiosísimo romance es una transformación del tema clásico  
del juicio de Paris.

(2) Señal.